

VINTÈ CONCURS DE RELATS BREUS DE DONES

“Paraules d’Adriana”

CATEGORIA SANT ADRIÀ 2.020

AUTORA: ÀNGELA VÁZQUEZ SISO

Él y después yo

Ángela

Me rompe el corazón. Me arrebatada cada suspiro de mi ser. Me arranca la piel. “Me gusta más tu culo porque no habla tanto como tú”. Me desgarrar el alma. Me hace dudar. Me incendia el cuerpo. “Te amo como nunca he amado a nadie”. Tiemblo, tengo escalofríos, me siento resquebrajar. “Depilada estarías más guapa”.

Lo nuestro empezó sin que él se diera cuenta. Yo, en cambio, lo supe desde el principio.

Nos veíamos de vez en cuando, quedábamos para pasear, para tomar un café. Las conversaciones fluían, los dos éramos del mismo barrio y hacía años que yo sabía de su existencia y él de la mía. Pero no nos conocíamos.

“¿Quedamos en la puerta de tu casa?”, le dije una mañana de verano. “Ya no vivo ahí, me he mudado con mi novia”, me responde. Mis dedos se quedan en suspensión encima de la pantalla táctil del móvil. La conversación de WhatsApp, abierta. Mi mente, por aquel entonces, también abierta. “Entonces ven tú a recogerme y nos vamos a desayunar”, le digo. Desayunamos, me comenta lo frustrado que se encuentra en esa relación: “Llevamos dos años juntos, pero no la quiero. De hecho, nunca le dije que se viniera a vivir conmigo, ella simplemente lo decidió un día y así fue”. Le aconsejo: “Si no la quieres lo mejor es que seas sincero y la dejes, ella no se merece a su lado a alguien que se siente obligado a estar con ella. Y tú te mereces ser feliz”. “Sí, tienes razón”, me dice.

Pasan las semanas y seguimos viéndonos cada vez más. Las noches se convierten en su momento preferido del día para visitarme. “No quiero estar en casa”, su petición favorita. La marihuana, su fiel amiga. Yo, su mejor confidente.

“Tú eres diferente, me dices las cosas como son”, me dice una noche de junio después de dar uno de nuestros breves paseos, con los ojos rojos por la droga y la sonrisa fácil en el rostro. Me río porque me gusta que confíe en mí, pero más me gusta que me mire y, sobre todo, que me vea. Piel de gallina.

Recibo mensajes. “Hola, guapa, ¿cómo estás? ¿Nos vemos?”, “¿Qué es de ti, desaparecida?”, “Te invito a un café, ¿quieres?”. Chicos, pero ninguno es él. Empiezo a serle fiel muy pronto.

16 de junio y me viene a buscar en su coche. Otro paseo más. Se detiene en un aparcamiento al aire libre y me mira. “¿Quieres besarme?”, le digo. “Sí, pero no puedo”, su respuesta. Me hace enfadar y me entristece a la vez. ¿Qué lo detiene de separarse de alguien a quien no quiere? Siento por primera vez una barrera entre los dos. La quiero derribar. “Hazlo”. Y sucede. Me besa con apremio, con ansia, con deseo. Le beso con amor, pasión y cariño. En el momento en el que nuestros labios se separan, frío. “No debería de haberlo hecho”, me dice. Primer golpe y mal encajado por mi parte. Me voy a casa, pero cuando llego a mi puerta, un mensaje suyo: “¿Nos podemos volver a ver mañana?” Es a partir de ahí cuando empiezo a ser infiel a la doctrina que yo misma he ido predicando desde que tengo uso de razón: “No me involucraré nunca con un hombre con pareja”. Ahí estaba.

Me empieza a invitar a su piso y yo le digo que iré cuando deje a su novia. “Debes tener paciencia, es algo duro para ella”. ¿Y para ti lo es?, pienso, pero nunca lo verbalizo. Otra regla propia que me salto, termino yendo a su casa algunas tardes, mientras ella trabaja. Me siento en el mismo sofá, veo la misma televisión, uso el mismo lavabo. Un malestar continuo y tenue, que yo misma acallo, me invade a cada momento. Le suelto lo que ya llevo meses pensando: “Sabes que

no tendré sexo contigo hasta que estés soltero”. Me mira serio: “No te invito aquí por eso”. Calidez. No le intereso solo por el sexo. Llevamos meses viéndonos y nunca ha intentado nada. Eso quiere decir que le gusto mucho, ¿no? Eso quiere decir que me ve diferente, ¿no?

Agosto y el cuento que yo he idealizado prospera. O eso pensaba. Me cita en nuestro banco. “Me siento muy mal haciendo esto”, me dice sin mirarme a los ojos. ¿No quiere mirarme? O tal vez es que no pueda, apesta a marihuana. Le suena el teléfono, es ella. “Me dijiste que no la querías y que ibas a dejarla”. “Se me hace muy difícil, me suplica que no la deje y se pone a llorar”. ¿Qué opción me queda?, pienso. Ten dignidad y márchate, pienso. Te quiero, pienso. Me largo de allí. ¿Se ha reído de mí todo este tiempo? ¿Me ha mentido? Derramo la primera (de muchas) lágrima por él.

Los días pasan todos grises. Parece mentira que sea verano, me digo a mí misma cada mañana. Suena un mensaje con un tono personalizado que, enseguida, mi oído identifica. Se me acelera el corazón, se me acelera la vida. Es él. “La he dejado, esta semana recogerá sus cosas y se irá”. ¡Victoria!, pienso. He ganado la batalla, le he ganado la batalla. Un momento, ¿desde cuándo es mi enemiga? No importa, él es mi aliado, mi mayor aliado.

Pasa la semana y acudo al piso de él y solo de él. Estoy nerviosa, ya está soltero. Me besa y lo deseo. Pero, me doy cuenta. 4 latas de cerveza consumidas en la mesa. “¿Vas a beber más”, le pregunto? “Sí”, me responde. Observo sus viajes cada 5 minutos hacia la nevera para coger una nueva lata de cerveza. A la novena, decide acariciarme la espalda. Sus dedos recorren mi cuerpo y me quito la camiseta. Por dios, parece que nunca haya vivido esta situación. Retrocedo a los 16 años, cuando experimenté por primera vez con mi novio de entonces el

tan famoso sexo. Vuelvo a sentir el mismo nerviosismo y viene la vieja conocida: la inseguridad. ¿Le gustaré? Mis pechos no son muy grandes, ¿serán suficiente para él? Podría haberme depilado más. Espero que mi vientre sea lo suficientemente plano. El sexo sucede de una manera torpe y arrítmica. Con lo que yo lo quiero y ha tenido que ser así. Él termina, se levanta y se toma otra lata de cerveza más. Exploto. “¿Tienes que emborracharte para poder acostarte conmigo?” No me responde. “Llévame a casa”, exijo. Conduce y vuela. Se salta semáforos en rojo. No sé cómo hemos llegado vivos. “No me busques más”, le espeto antes de bajarme. Más lágrimas. Al cabo de unas horas, me regala un “lo siento” que yo apenas siento. “Te quiero muchísimo y tenía miedo de no ser suficiente. Estaba muy nervioso”, me explica. La tensión acumulada en la boca del estómago se desvanece. ¿Por eso ha sido así? Es normal que necesite el alcohol para desinhibirse si me quiere tanto, ¿no? Me siento culpable, quizás he sido muy dura con él. “Lo entiendo”, le escribo.

Se suceden como en un sueño agosto, septiembre y octubre. Nos vemos cada día, su piso es entero para él y para mí. Estamos solos. El sexo es cada vez mejor. Mira su móvil. “Qué pesada”, escucho. Le pregunto. “Mi ex me escribe mucho, quiere volver conmigo”. Noto algo moverse dentro de mí que me hace daño. Inspiro, expiro. “Bueno, si tienes cosas que solucionar del piso, solucionalas. Pero no me gustaría que hablastes con ella para nada más”. Creo que he estado acertada, ¿no? ¿O se han notado mucho mis celos? ¿Ha notado el furioso movimiento de mi estómago? “Sí, no te preocupes, yo no quiero saber nada más de ella”. Me dice. Euforia. Lo abrazo. Me prefiere a mí, pienso.

Noviembre oscuro. Su móvil se ilumina por los mensajes recibidos más veces de las que puedo contar. Su “no es nada” siempre en la boca. Aprovecho y le

comunico que en diciembre haré un viaje con mis amigos. “¿Cuánto tiempo?”, me pregunta. “Nos vamos 4 días a Irlanda”. Su mirada cambia. No veo amor. “No me gusta la idea”, me dice. “Bueno, ya está decidido así que me iré”, le contesto. Frialdad absoluta. “No esperes que te hable, entonces”. Otro golpe que encajo muy mal. Me aguanto las lágrimas y decido insistir. ¿Por qué me habla así? “No te das cuenta de lo mucho que te necesito, Ángela. Que te vayas tantos días me afecta”. Tiene razón, él es un chico que ha sufrido mucho y tal vez es egoísta por mi parte planificar un viaje en estos momentos. “Lo siento mucho, pero te puedo escribir cada día que esté allí y sabes que puedes llamarme en cualquier momento”. “No, eso no me sirve”, me despide. Marcho e Irlanda intenta entrar en mi herido corazón, pero su mensaje lo impide. “Han tenido que ingresarme en el hospital, me duele mucho el estómago”. El monstruo que ya parece habitar en mi estómago desde hace meses ruge. Ha sido mi culpa. Me he ido y lo he dejado solo. Vuelvo y nos reencontramos. Estoy deseando verlo, incluso le he traído un regalo. Nos vemos y esos 4 días de separación parecen desvanecerse.

Las primeras Navidades juntos. O no. Una tarde como otra cualquiera en su casa. Me comenta que ha ido a comer a casa de su exnovia. El monstruo dentro de mí se retuerce. “Teníamos que hablar de las facturas del piso, que está a su nombre”. No me contengo. “¿Por qué no dejas de verla?”. Me llama celosa. La conversación sube de tono. Nos gritamos. Le insulto. “Si siempre vamos a estar así, enfadados, igual alguna vez me la acabo tirando de nuevo”. Silencio. Noto dolor en el pecho. ¿Se me está partiendo literalmente el corazón? Decido irme, he perdido la batalla.

Fin de año que también coincide con su cumpleaños. Bebo de más. Le escribo. “Te echo de menos”. “Y yo a ti”, me responde. He tomado una decisión. Se la

comento: "Quiero formalizar lo nuestro". "No". Mi monstruo grita. No lo entiende. Formalizar la relación sería una manera de poder dormir por las noches. Me debería compromiso. Me espantaría los miedos. Eso pensaba. Decido, una vez más, insistir. Atosigo. Persigo. "No quiero otra relación y menos si siempre vamos a estar discutiendo", me dice. "Cambiaré", le digo, "por ti. No te agobiaré, te prometo que será diferente". Lo consigo. Ya somos novios. Victoria de nuevo, pero esta vez no me sabe tan bien. Agridulce.

Su móvil continúa sonando constantemente. Es 14 de febrero y vamos a celebrar el día de los enamorados al cine. Porque estoy muy enamorada. ¿Y él? Me da miedo la respuesta. Se mete en la ducha antes de ponernos en marcha. Su móvil, que reposa en la mesa, se ilumina de nuevo. No lo pienso, lo cojo. Me sé su contraseña. Primera conversación. El nombre de ella. Mis manos tiemblan, mi cuerpo entero tiembla. Siento náuseas. "A ver cuándo nos tomamos un café", "te sigo queriendo", "esta nueva versión de ti me gusta más". Los mensajes de ella me nublan la vista. Bueno, intenta calmarte, me digo. En algún punto de la conversación encontraré una negativa por parte de él, un "no me escribas más". En vez de eso: "yo también te quiero, pero lo nuestro no puede ser", "sí, ya quedaremos para tomar un café". Me doblo sobre mí misma. Voy a por él con el móvil en la mano, se lo lanzo. "¿Qué es esto?", le grito. Soy todo temblor y lo veo todo de color rojo. "Relájate, ¿no ves que solo le estoy siguiendo el rollo para que me deje en paz?". "Me mentiste, me dijiste que solo hablarías con ella para cosas del piso". "Sí, lo siento, pero mira cómo te hubieras puesto si te lo cuento". Es verdad, me he descontrolado y he invadido su privacidad. ¿Qué me está pasando?

Marzo. Tengo controlado cada mensaje que le llega. Noto que sigue recibiendo mensajes insistentes. “Es otra exnovia con la que me hablo”. Vuelve el monstruo con el que aún no he aprendido a convivir. “Son conversaciones inocentes, no tienen importancia”. Exijo que me las enseñe. Se resiste. Termina enseñándomelas y lo único que veo es que ella lo llama ‘cielo’. “Es que ella habla así”. Le grito. No vuelvas a hacerlo, le digo. Estoy cansada. Me duele la cabeza.

Abril. Se enfada conmigo cada vez que planeo algo con mis amigos. “No entiendo por qué pasas el tiempo que podríamos aprovechar juntos con ellos”, me dice. “Yo te dedico todo mi tiempo”. Es verdad. Soy muy egoísta. No me había dado cuenta hasta ahora. “Si sigues así, yo también voy a dedicarle tiempo a mis mejores amigas”. De nuevo el monstruo. ¿Por qué solo se ha referido a amigas, en femenino? ¿Me está amenazando?

Mayo. Empiezo a pensar que él lo sabe todo de mi vida, pero yo no sé nada de la suya. “Tengo muchos traumas y no te los voy a contar”. “Podría ayudarte”, le ofrezco. “Tú no eres mi psicóloga”, me responde. Guardo silencio. “A ti te lo han dado todo hecho, pero yo he tenido una vida muy dura y he tenido que enfrentarme a muchas cosas”, continúa. “No lo entenderías”.

Junio. Me pregunta que cuántos hijos me gustaría tener. “Aún es muy pronto”, le digo, “pero 3 me parece un buen número. ¿Y a ti?”. “A mi me gustan mucho los niños y las niñas, lo que no me gustan son las madres. Os ponéis muy pesadas”.

Julio. Mientras él trabaja, yo paso las mañanas en la playa. Sola. “No me gusta que vayas sola”, me hace saber. “¿Por qué? Si estoy muy tranquila”, le respondo. “Cualquiera te puede mirar y ni si te ocurra enseñar las tetas. Si lo haces, te dejo”. Me enfado. “Puedo hacer lo que quiera”. “Vale, muy bien”, me responde.

¿Qué quiere decir? ¿Es otra amenaza? Nos vemos. Me analiza de lejos mientras me ve llegar. “Ese pantalón es muy corto, se te ve medio culo”. “Qué dices”, me río. “No se me ve nada”. “Como quieras, si quieres ir enseñando tu culo por ahí es tu problema”. Me lo bajo. Qué culpable me siento.

Agosto. No puedo más. La invasión de su privacidad es constante. Dedico horas del día a revisar sus redes sociales, vigilo todos sus movimientos. Le pregunto compulsivamente por cada chica a la que sigue desde su nueva cuenta de Instagram. “Si nunca te ha interesado Instagram, ¿por qué ahora te creas un perfil?” “Es que sabía que si te lo contaba te ibas a enfadar. Por eso no te cuento nada”. Es verdad.

Me gusta cada vez menos salir de fiesta con mis amigos. “Para irte con ellos te arreglas mucho, a ver si te pones así de guapa la próxima vez que nos veamos”, cada viernes o sábado noche. Al día siguiente, “¿cuánto bebiste ayer? Creo que te has pasado. Seguro que ni controlabas lo que hacías”. Culpa. Cada chica que se le acerca supone una amenaza para mí. “¿Has tenido algo con ella?”, es mi pregunta más repetida. “¿Qué más da si lo he tenido?”, nunca me responde claramente.

A septiembre llego con los ojos secos y sin él. Creo que he gastado todas las lágrimas. El último ataque de ansiedad, me digo a mí misma. El monstruo ya no vivirá más dentro de mí, me insisto. Mis amigos me lanzan un salvavidas: “tía, no puedes seguir así”. Mi madre, otro: “necesitas alejarte de él por tu salud”. Y pensar que cuando veo los mismos comportamientos en otras relaciones soy la primera en aconsejar y en decir basta. Me he perdido y no me encuentro. Estoy tan cansada. Me duele la cabeza.

Octubre, noviembre y diciembre con mensajes intermitentes. “Ángela, te echo de menos”, “Ángela, cambiaré”, “Ángela, eres mi vida y sin ti no soy nada”. ¿No te das cuenta de que yo dejé de ser hace mucho?

Y, finalmente, salgo. Salgo porque me echo de menos. Salgo porque odio mi vida. Salgo porque me encuentro a mí misma y me quiero.

Aún me quedan dudas. ¿Quién decidió que ya no? ¿Fue él o fui yo? ¿Quién cargó la pistola primero? No, no. ¿Quién disparó primero? ¿Soy tóxica o lo era él?

Dicen que algún día se lo agradeceré. Que daré las gracias por todo el daño porque ese daño me hará madurar y me hará aprender. ¿Yo quería aprender? ¿Quiero madurar? He sabido arrastrarme hasta la meta. (¿Es esto una carrera?) He llegado herida, magullada. Nunca nadie me va a querer como me quiso él. Pero he llegado y me levanto. Nunca se dio cuenta de que mi manera de quererlo fue como ver el amanecer desde el punto más alto que baña su playa. Y eso me entristece. Sin embargo, no soporto soportarlo. El tiovivo de mi cabeza necesita parar. Necesito dejar de dar vueltas. Necesito parar y encontrar una salida en medio de toda esta oscuridad.

Si el amor es así, no lo quiero. Si el amor me hace temblar de ira, no lo necesito. Si el amor mata, yo quiero vivir.